

EN MEMORIA DEL
DR. D. LUIS ALBERTO PETIT HERRERA



Académico de Número de la Sección de Ingeniería, medalla número 38.

En su toma de posesión, celebrada el día 27-03-1985, pronunció el discurso de ingreso: *Informática y nuevo paradigma humanístico*.

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=38>

PABLO CAMPOS CALVO-SOTELO

Académico de Número de la Sección de Arquitectura y Bellas Artes de la Real Academia de Doctores de España

utoplan@telefonica.net

La sesión que hoy celebramos en honor al buen amigo y ser humano ejemplar que se nos ha ido, no debiera denominarse “necrológica”, sino “homenaje a la vida”.

Deseo comenzar matizando que mis breves palabras estarán más impregnadas de afectividad que de glosa a la trayectoria académica y profesional de Luis Alberto, cuestión que con toda seguridad harán otros compañeros más cercanos a dicho ámbito temático.

Quiero empezar mencionando lo que se escribió en la Real Academia de Ingeniería, corporación a la que perteneció durante años Luis Alberto Petit con la Medalla XIII, y respecto a la cual me animó a vincularme hace ya años. Se anotaba lo siguiente, relacionado con la noticia de su fallecimiento:

“Su carrera estuvo marcada por la excelencia técnica, la innovación — incluyendo estudios sobre redundancia lingüística, teoría de grafos aplicada al turismo y algoritmos genéticos— y por un compromiso infatigable con la educación, siendo profesor de Investigación Operativa en la Universidad Pontificia Comillas durante cuatro décadas”

De regreso a nuestra Real Academia de Doctores de España, debo manifestar que pude compartir pocos años con alguien tan excepcional; pero fueron suficientes para enriquecerme en lo académico y -desde luego- en lo humano. Desde que ingresé en esta Corporación en 2017, he ido disfrutando del afecto de numerosas personas. Pero sin lugar a dudas quien me mostró más bondad, sincera y desinteresada, fue Luis Alberto. Antes incluso de mi toma de posesión, se ofreció a recibirnos al entonces Presidente Jesús Álvarez Fernández-Represa y a mí en su hogar, y preparar el evento, cosa que hizo con suma delicadeza. Recuerdo que, animado por el amable trato de ambos, traté de gestionar que S.M. el Rey Juan Carlos asistiera, o al menos enviase un escrito de felicitación a la RADE, que leyó el entonces Presidente Álvarez Fernández-Represa en dicha toma de posesión.

Existían conexiones familiares que nos unieron al ir las descubriendo paulatinamente, y dieron lugar a agradables y reiteradas conversaciones. Luis Alberto conoció a mi padre, Marcial Campos Fariña, quien fue Ingeniero del Instituto Católico de Artes e Industrial (ICAI). Como sucedió con muchos

estudiantes de aquella época, mi padre tuvo que desplazarse a Lieja tras la expulsión de los jesuitas en 1931, como preámbulo del horror de la guerra. Se graduó en el Instituto Gramme de Lieja y después en L'École Supérieure d'Électricité en París. A este respecto, en un artículo de la publicación del ICAI "Anales de mecánica y electricidad" (enero-febrero 2014), Luis Alberto Petit comentaba aquel episodio del modo siguiente:

“Con motivo de la expulsión de España de la Compañía de Jesús, el ICAI hubo de trasladarse a Lieja, ya que en el Instituto Gramme de aquella ciudad, el ICAI fue muy bien acogido y allí se trasladó todo el alumnado durante aquellos cursos.”

Mi padre trabajó en la Central Térmica de Compostilla, en Ponferrada. Un proyecto que arrancó en 1949, el mismo año que Luis Alberto comenzó sus estudios en el ICAI. Otra conexión familiar llegaría de la mano de mi hermano Marcial, quien también estudió Ingeniería. Me comentaba hace escasas fechas que fue alumno de L.A. Petit, y que guardó siempre un enorme aprecio por su labor docente. Mi hermano Marcial describía aquella época de Ponferrada y sus dificultades de esta manera: *“Nuestro padre era Ingeniero Jefe en Endesa y jugó un papel muy importante en la construcción de las Térmicas de Ponferrada. Entonces, generar energía aprovechando el carbón disponible nacionalmente era prioritario, aunque el carbón local era muy pobre (nuestro padre decía “de cada tres camiones de carbón que entran, uno son piedras”).* Otro hermano, Santiago, también ingeniero, pero naval, recordaba ciertos aspectos sobre la falta de medios en aquellos años, apuntando que tuvieron que utilizar ruedas de locomotora Santa Fe como volantes de inercia... Tiempos complejos, sin duda.

En alguna de nuestras conversaciones (Luis Alberto gustaba de conversar, en persona y por teléfono) hablamos de mi padre, de cuna gallega, quien tenía su casa natal de Cuntis, en Galicia, donde gestionaba el Balneario y más tarde la Presidencia de la Asociación Mundial de Termalismo...

Pero no quiero desviarme del centro de gravedad de estas palabras, que es incuestionablemente la valía de alguien excepcional. Si hay algo que siempre me impresionó de nuestro añorado compañero fue su trayectoria vital. Es el relato de un alma valiente, curtida por circunstancias de extrema dificultad. Rescato a continuación un fragmento que hace alusión a un episodio que me narró en diversas ocasiones, y que envié a todos los Académicos de la RADE el 23 marzo 2020, en pleno confinamiento por la COVID. Merece la pena recordar aquellas palabras, que rezuman una sensibilidad y una valentía

sobrecogedoras, con las cuales Luis Alberto se refería al primero de los paréntesis que había experimentado en su vida:

“El primero en razón de haber venido a Madrid desde la residencia de mis padres en San Sebastián el 16 de julio de 1936, por un acontecimiento familiar que nos retuvo aquí durante los conocidos “tres años”. Yo tenía entonces nueve años, pero al cabo de un año mis padres, habiendo conseguido que una persona amiga me albergara en su casa de París, optaron -teniendo en cuenta la peligrosa situación que se cernía sobre mi padre- porque me fuera yo solo a la capital francesa. Mi padre me facilitó los títulos de transporte y los bonos de alojamiento correspondientes a un recorrido Madrid-Valencia-Alicante-Toulouse-París que debería realizar en cinco días. Por razones de la guerra, desde que salí de Madrid todo salió mal. Ni pude utilizar los hoteles que mi padre había pagado, ni los autobuses, avión y tren que también había abonado. En Alicante una señora me vio llorando en la calle, me ofreció una cama en su casa con la condición de que no le pidiera nada de comer. Mi plaza de avión se ocupó por un militar y el siguiente vuelo era 48 horas después, período en el que no pude alimentarme más que con las pipas que se vendían en los puestos callejeros, pero también mi plaza para ese segundo vuelo fue ocupada por un militar y ante mi situación en el aeropuerto, Air France, me ofreció para ese mismo día llevarme a Orán. Así lo acepté y al aterrizar comprendí que estaba en un Continente distinto en el que todo era diferente y donde se hablaba un idioma del que tenía solamente algunos conocimientos. Pero no tenía dinero. La señora parisina, aceptó que le enviara un presupuesto que me hicieron en el hotel donde me aloje, que era propiedad de unos españoles, tanto para abonar mi estancia como el barco que me habría de llevar hasta Marsella y el tren que finalmente me conduciría a París. Las transferencias económicas no eran como ahora... Con todo ello el viaje previsto de cinco días se transformó en 16 días, donde anduve solo por el mundo para llegar a una ciudad, ir al Liceo, etc. Algo que me hizo adultecer cuando aún era prácticamente un niño.

Este episodio de un niño indefenso ante el drama nacional explica la naturaleza extraordinaria de nuestro buen amigo, su fortaleza de ánimo, y su resiliencia ... Pero a pesar de la crudeza de esas vivencias, más si cabe por tener que atravesarlas un ser humano, apenas un niño, los testimonios que me narró en numerosas ocasiones el buen compañero estuvieron siempre ajenos al rencor o al lamento, por mucho que sería comprensible el uno y el otro. Daban fe de todo un “homenaje a la vida”, como he apuntado en el inicio.

Concluyo.

Ya en su avanzada edad, tenía inteligentes preocupaciones sobre ciertos aspectos del progreso que nos afectan a todos. Escribió lo siguiente:

“Me preocupan el descubrimiento de los algoritmos bioquímicos, de la neurociencia del lenguaje y de las neurotecnologías de las que ya se están haciendo pruebas con ratones con resultados positivos. Me refiero a que se pueda llegar a cambiar el pensamiento de las personas, a incrementar su inteligencia y su memoria, y otras nuevas neurotecnologías que se avizoran para el futuro. Esta situación lleva, por tanto, a la influencia de la tecnología sobre nuestra conciencia ¿en qué queda nuestra personalidad y nuestra identidad?”

Esta sabia reflexión invita a considerar hacia dónde caminamos en estos tiempos de la Inteligencia artificial (IA), la virtualización y de un posible y preocupante desdibujamiento del humanismo...

Luis Alberto nos dejaba un postrero pensamiento para la esperanza: *“Esto me lleva, en conclusión, a pensar que las personas somos unas herramientas del Creador”*.

Nada más. Espero haber contribuido, siquiera mínimamente, a ensalzar la figura viva y presente de una persona extraordinaria. Para finalizar, leo mi último mensaje de correo electrónico, que hice llegar a Luis Alberto, el 30 de diciembre de 2024):

*“Querido Luis Alberto:
he sabido hoy casualmente que has tenido algún percance de salud. Lo lamento, y espero que te recuperes pronto. No quiero molestarte, pues supongo que ahora debes reposar. Pero cuando lo desees, estaré encantado de charlar contigo. Hace mucho que no lo hacemos, y es siempre un placer hablar con alguien sabio y bondadoso como tú.
Un abrazo”*

Ya no pude tener respuesta.... Confieso que echo mucho de menos a este querido amigo.